

Biblioteca-Films

FLOR DE FUEGO

Núm. 14

25
cénts.



Frank Mayo
y
May Collins

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

PUBLICACIÓN DECENAL

REDACCIÓN:

Cerret, 40, 2.ª, 2.ª

Teléfono 3028-A

BARCELONA

THE SHARK MASTER 1921

FLOR DE FUEGO

Novela de amor y aventuras, interpretada

196

Franck Mayo y May Collins

«UNIVERSAL» Especial

DISTRIBUIDORAS: **HISPANO-AMERICAN FILMS, S. A.**

Valecía, 233

ARRUMBO DE DICHA PELICULA

1

La isla Amanú, la mayor de las que forman el archipiélago de la Polinesia, está habitada por una tribu pacífica. La dulzura del clima, la belleza del cielo y la feracidad de aquella tierra privilegiada han domado la crígnaria rusticidad de sus habitantes y atraído a la vida tranquila de la caza y la pesca preocupándose poco de la agricultura porque la Naturaleza, de una fertilidad sorprendente en aquellas islas, produce más de lo necesario para su sustento.

La tribu—cuyo jefe llámase Tribal y que tiene por gran sacerdote a Timoto, el más prestigioso de los amanús—vive en la parte oriental de la isla, cerca de un amplio golfo en forma de concha, bajo y accesible al mar en su parte central; y, en sus extremos, escarpado por acantilados promontorios, coronados de espesas tamarindos, tras los cuales crecen en exuberante vegetación, umbríos bosques de cocoteros.

Isla adentro, existe una tierra virgen, siempre verde, siempre florida, regada por arroyuelos fecundantes; sombreada por selváticos bosquecillos de frutales raras y olorosos; embalsamada por flores silvestres sin nombre; oreada por las frescas brisas levantinas e iluminada con colores de fuego por los primeros rayos del sol naciente, que sale cada mañana del fondo del mar al mismo tiempo que los amanús, sentados en hemiciclo y presididos por Timoto, entonan el discreto himno al astro del día.

Aquella mañana, los isleños colocados en posición de orantes, bajo la presidencia del sumo sacerdote, esperaron en vano la salida del astro-rey. Negros nubarrones cubrían el firmamento y un viento noreste los empujaba y arremolinaba, al mismo tiempo que las embravecidas olas pagaban por llegar hasta las nubes con ronquidos frribundos.

Y el cielo, con la voz del ronco trueno; y la tierra, con el chirriar del aire al silbar entre los cocoteros y palmeras; y la mar, con sus horripilantes ronquidos; y la naturaleza toda llorando a chaparrón vivo, pedían una víctima para aplacar a los dioses.

Y el Sumo sacerdote, Timoto—cubiertos los pies, los brazos y el cuello con perlas de oran-

gán—, inicia una danza epiléptica, para pedir al cielo aplaque su cólera y calme la furia de los elementos. De pronto, Timoto cesa en su agitada ceremonia y señala el horizonte hacia el mar. En lontananza bailotea un bergantín, destacando sus blancas velas sobre el fondo gris; un rayo ha cruzado el espacio y una inmensa luz roja ma el cielo y el mar: el buque es pasto de las llamas.

—¡La víctima—exclama Timoto señalando el barco incendiado—, la víctima propiciatoria!

Y vuelve a empezar la movidísima danza religiosa en medio de la devota admiración de los amanús.

Desaparece el bergantín tragado por las inmensas olas, el mar se calma por momentos y la tempestad se apacigua: la víctima ha sido agradable a los dioses; por eso Timoto, agradecido, rescuda en acción de gracias una danza más movida, si cabe, que las anteriores.

Luce el sol, y todos los amanús corren a la orilla del mar para mojarse los pies: es la obligada ablución ritual después de la tempestad.

—¡Oh! ¡milagro!—exclaman todos; y señalan al mar. Empujada por el flujo, una almadía avanza hacia la orilla. Cuatro piraguas son lanzadas al mar y van en busca del presente que el cielo les envía. Las cuatro embarcaciones rodean la almadía. Un hombre exánime enlaza entre sus brazos vertos a una hermosa niña de pocos meses que sonríe a los amanús. Estos se apodetan de la niña y la llevan a la orilla.

Toda la tribu rodea el gracioso don de los dioses.

Tribal, el jefe, la coge y levántala en alto como una hostia santa, mientras todo el pueblo se arroja al suelo en actitud de adoración feraciente.

—Yo, como jefe de la isla—grita el parzaido Tribal—, me hago cargo de este don de los dioses, que por proceder de un incendio se llamará *Fior de Fuego*. Ha de ser respetada por todos, como tabá—que significa don del cielo—, bajo pena de muerte.

V la niña pagó estas palabras al jefe atunái con una sonrisa, imagen de la que la naturaleza extendía sobre la isla haciendo lucir el sol esplendoroso después de apaciguada la furiosa tempestad.

II

Han transcurrido quince años.

Comodoro Marston, Director de la razón social «Marston y Dean», compañía naviera establecida en San Francisco, tiene una hija de diez y siete años, Jone, prometida oficialmente con Arturo Dean, socio de Marston, y uno de los jóvenes de mejores prendas de San Francisco.

En el muelle de esta ciudad, el «Conqueror» hace los preparativos para la próxima salida. A bordo, en el castillo de popa, el capitán, mister Rankin, habla con uno de los armadores, Arturo Dean, y con Jack Doulan, repórter de un periódico, encargado de la información del servicio marítimo.

—Capitán—dice Arturo Dean al ver las varias disputas de los tripulantes—, mala tripulación ha elegido usted, Rankin. Los chinos y kanokos son demasiado pendericeros.

—No he encontrado otros, señor, ya procuraré amarrarlos cortos.

—Por lo visto usted, señor Dean, también se embarca hoy—inquirió el repórter Jack Doulan.

—Sí, será mi último viaje de soltero.

—¿Viaje de placer?

—¡Oh, no!... No tenemos tiempo de divertinos. Mi socio, Mr. Marston, se ha empeñado en que visite nuestras factorías del Sur, antes de casarse.

—Luego, se casará usted cuando regrese.

—Sí, probablemente dentro de seis meses, con Jone, la hija de mi socio.

—Allí llega la canoa del señor Marston—inició el capitán, señalando una que se acercaba al costado del «Conqueror».

Los interlocutores acercáronse a la borda de estribor para recibir al gerente de la sociedad naviera que subía a bordo acompañado de Jone, su hija.

Mientras el señor Comodoro se juntaba al capitán y al repórter, Arturo Dean y su novia separáronse paseando hasta la proa, en amigoso coloquio:

—¡Seis meses sin verte!—exclamó suspirando Jone, con triste semblante.

—Seis meses, Jone, que me van a parecer una eternidad. Pero ricinto ochenta días que son el presagio de una ~~luz~~ *luz* sin fin.

—Sin fin no, pues todo tiene término en este mundo.

Todo, menos mi amor.

—¿No me olvidarás durante esos ciento ochenta días, Arturo?

—Como voy a olvidarte, Jone? . . . Mi amor es tan intenso que yo recibí nada tan grande. ¿Ves ese mar? y al mismo tiempo extendía su diestra hacia el Pacífico—. Pues esa sábana inmensa tiene un fin; mi amor es mayor, porque no llegará nunca a extinguirse. Junta en gurrismos inconcebibles las gotas de agua de este inmenso charco, y los granos de

arena de todas sus playas, y los mundos animados que viven en su seno, y las plantas que vegetan en sus profundidades y las naves que lo surcan en todas direcciones, y no tendrás ni la sombra de la potencia del amor que mi corazón siente para mí Jone.

—¡Exagerado!

—¡Jone mía!... Tú te mereces todo mi cariño, toda mi adoración.

—¡Arturo, acuérdate que te llevas un pedazo de mi corazón!

—¡Jone, tú te quedas con el mío entero!

La bocina del «Conqueror» dió el primer aviso para empezar la maniobra de levar áncoras.

El gerente Comodoro y su hija se despidieron de Arturo Dean y bajaron a la canoa. Minutos después, el «Conqueror» salía majestuosamente del puerto de San Francisco escoltado por la canoa del señor Marston hasta la escollera. Al lado de éste, su hija Jone, de pie, despedía con lágrimas en los ojos a su novio Arturo Dean, el cual de pie sobre la Litáona, saludaba con la gorra en la mano a su socio y a su novia.

Y con la mar tranquila cual un estanque, como pocas veces suele estarlo el Océano Pacífico, deslizábase el bergantín goleta «Conqueror» sobre las aguas, con viento en popa, que bien pronto lo hizo desaparecer en el horizonte.

Con gran bonanza y viento propicio navegó el bergantín durante seis días. Mas la calma de los mares tropicales, suele ser precursora de repentinas tormentas; así como a las horas de paz y tranquilidad de nuestras vidas, suelen suceder días de amargas penalidades, que lanzan los corazones de los hombres a la deriva de la esperanza.

Se embraveció la mar y el barco fué juguete de las olas gigantes que tan pronto lo levantaban, pareciendo quererlo encumbrar hasta las nubes, como lo sepultaban entre la espuma, hiriendo la cubierta e infundiendo terrible pavor a los tripulantes.

Los quejumbrosos gemidos del aparejo y del velamen mézclanse a los rezos de los idólatras lascurs, quienes, delante de un ídolo colocado en uno de los camarotes de la marinería, impetran protección y piden la calma de los elementos.

Los marineros americanos, testigos de estas proces, ridiculizan a los idólatras y éstos responden a las burlas con puñetazos, armándose a bordo una verdadera batalla que el capitán y el armador Arturo Dean tienen que apaciguar revolver en mano, sin poder impedir que algunos de los contendientes fuesen echados por las bordas, por sus contrincantes, dando con sus cuerpos en el agua y ahogándose.

Lucharon los tripulantes contra todos los elementos para disputar a la mar la frágil nave. Mas todo fué inútil: después de una noche de zozobra y de terror, sucumbió la goleta, siendo sepultada por una ola gigantesca. Ni tiempo tuvieron de descolgar las lanchas.

Todos perecieron ahogados, todos... menos Arturo Dean, que pudo ahorrarse a un salvavidas.

III

En el transcurso de los años *Flor de Fuego* se ha hecho mujer; su vida selvática no ha menguado ni su belleza ni su sensibilidad de mujer.

Protégida por el Jefe, Tribal, y por el Sumo



Un el transcurso de los años Flor de Fuego se ha hecho mujer.

Sacerdote, Timoto, los indígenas la han respetado y, aunque todos la quieren, con más o menos admiración, nadie se ha atrevido a poner los ojos en ella; es una tabú y el mortal que se atreviera, sin la anuencia del jefe y sin autorización del Sumo Sacerdote, a manifestar a la joven deseos lascivos, sería condenado a muerte.

Y aquellos jóvenes incivilizados saben ahogar en sus corazones los naturales deseos que inspira una joven tan hermosa como ella.

Flor de Fuego, de apariencia delicada, es una de las mujeres más fuertes de Amanú: resaca las peñas como un rebeco; sube a los cocoteros como un orangután; tira el arco con habilidad asombrosa, y nada como un pez.

Viste con el sencillísimo traje de las amurús, una especie de camiseta tejida con filamentos vegetales.

Su tez, tostada por el sol, forma contraste con la hermosura de su rostro, encuadrado por una espesa cabellera rizada que le cubre hasta la cintura.

Su frente ancha; sus ojos grandes, negros y rasgados; su boquita pequeña; sus facciones proporcionadas; su tallo esbelto, hacen de *Flor de Fuego* una mujer hermosa en toda la extensión de la palabra. Al verla sin los trajes convencionales que cubren a las mujeres, pensamos en nuestra primera madre, tipo de mujer perfecta.

Todos los jóvenes de Amanú habían ahogado, entre suspiros, los deseos de sus corazones de poseer a *Flor de Fuego*; porque adivinaban que Timoto, el Sumo Sacerdote, mirábala con amoroso anhelo y conoían los castigos que el cielo envía—o al menos así lo creían ellos en su ignorancia—a quienes se intrometan en el camino del gran sacerdote. ¡Cuántos amurús

se habían hallado muertos, vengados por los dioses, por las faltas de respeto al Sumo Sacerdote! —; Castigo del cielo!— clamaban los isleños, ignorando que el autor material de aquellos crímenes fuese el mismo Timoto.

Este estaba enamorado de *Fior de Fuego*; pero la joven no le hacía ningún caso; su corazón no se había abierto aun al amor. El amor es como la flor del loto que se abre al beso ardoroso del sol: aun no se había presentado el sol que debía abrir, con su calor, aquella flor selvática.

Moroto, el joven más apuesto de la isla, después de solicitar permiso del jefe y del sacerdote, púsose en disposición de merecer a la hermosa *tabá*; mas ella tampoco le correspondió, no era su ideal.

Hacia tiempo que los dioses pedían una víctima para aplacar las iras del gran lago. Cuatro días había durado aquella tempestad, y cuatro veces, de sol a sol, se habían reunido los isleños en hemicírculo rodeando al bailarín sacerdote. Ni los saltos de éste, ni los gritos descompuestos de aquéllos lograban aplacar la furia de la tempestad. Por fin, al cuarto día, pudieron los amantés mojarse los pies en el agua santificada por la calma. ¡Dios les había oído! Muy cerca de la orilla aparecía flotando, agarrado a un salvavidas, el cuerpo de un hombre. Las piraguas lanzadas al mar, condujeron al naufrago a la orilla.

—¡Vive!— exclamó Tribal.

—Ya tenemos víctima— observó Timoto; y luego dirigiéndose a sus atlátes, mandó:

Racendad la pira sagrada. Tiempo hace que los dioses vienen pidiendo un sacrificio, y la mar nos envía a este joven para el holocausto.

—No— exclamó *Fior de Fuego*—, este extranjero tiene el mismo color que yo, y es mi voluntad que él sea para vosotros otro *tabá*, al que debéis respetar como mancha la ley.

—*Fior de Fuego*— contestó Tribal— tiene derecho a elegir un *tabá*. A este hombre debemos, pues, respetar la vida.

Todos se inclinaron delante del jefe en señal de acatamiento, mientras Timoto empezaba a dar brinquitos para iniciar la danza ritual; pero *Fior de Fuego*, que en el fuero interno se burlaba por instinto de las ceremonias ridículas de aquellos paganos, interrumpió al Sumo Sacerdote:

—Antes de nada, haced volver en sí a este hombre.

Y sin decir más ella misma se arrodilló al lado del naufrago, que estaba tendido sobre la arena, y le hizo respirar artificialmente, moviéndole sus brazos rítmicamente.

No tardó Arturo Dean en abrir los ojos. Al ver delante de sí la maravillosa visión, creyó ser víctima de un casuado.

Le parecía que una fabulosa sirena surgiese del fondo de las aguas azules, y tomándole por los brazos, le sacaba del agua en el momento en que empezaba a perder el conocimiento. Y abrió Arturo desmesuradamente los ojos y sonrió agradecido a la sirena de cabellos dorados y pechos de virgen.

La hermosa *tabá*, sin pronunciar una sola palabra, hincada una rodilla en tierra, acariciaba la cabeza del naufrago, clavando sus ojos color de noche, en los azules del joven y diciéndole cosas que sólo saben descifrar los curaciones.

Todos los amantés adivinaban los sentimientos que *Fior de Fuego* sentía en su pecho: sus

miradas ardientes y sus caricias eran indeltas del anhelo que sentía por aquel extranjero.

Tribal tocó en el hombro:

—Flor, este hombre, si no quieres que perezca hay que llevarlo a alguna cabaña y darle las ropas para que no se enfrie.

—¡A mi choza!—exclamó la joven.

—No puede ser—manifestó Tribal, un hombre de tu raza no puede quedar solo contigo.

Timoto ordenó que lo llevaran a su propia cabaña en donde le despojaron completamente, poniendo sus vestidos al sol para que se secaran, hicieronle en todo el cuerpo una untura de jugo de caña, y después de un suero reparador, quedó en perfecto estado de salud.

Se le asignó, como vivienda, una cabaña formada de cañas y hojas de palmera.

No tardó Flor de Fuego en visitar al náufrago en su propia habitación. La joven, que no conocía más lenguaje que el indígena, preguntó a Arturo por el estado de su salud; mas éste no comprendió lo que la joven le preguntaba. Sin embargo, se dió perfecta cuenta, por las miradas y actitudes de Flor, que ésta le quería.

Tenía Arturo muy grabada en su alma la figura de Jonc, y no quiso dar entrada en su corazón a otro amor. Cada vez que la linda tabá manifestábase, por signos laquímicos, su cariño, Arturo huía de ella, como de una peligrosa tentación, recordando el juramento hecho a su novia.

Poco a poco fué Dean comprendiendo el atarrado y pintoresco lenguaje de los aianás; lenguaje monosilábico e infantil formado por gritos guturales y chillidos estridentes, semejantes a los de las aves pafleras.

Por su parte, Flor también fué aprendiendo

el inglés, con el constante trato del náufrago; y ambos se fueron perfeccionando siendo el uno profesor del otro.

Cuanta más resistencia ponía Arturo en aceptar las caricias de Flor, tanto más empeño y ardor ponía ella en seguirla por todas partes: era como su sombra.

Muchas mañanas, al despertar el americano, veía a la joven sentada a su lado velando su sueño y contemplándolo con ternura indecible. Entonces él, se incorporaba con presteza y huía por el bosque, sin permitirle que le siguiera. Y cuando al caer de la tarde, íbase Arturo a la playa mirando el horizonte, mientras su pensamiento volaba hacia su amor ausente, invariablemente sentábase Flor, no lejos de él, comiéndole con los ojos.

Este anhelo de Flor de Fuego hacia el náufrago no pasó inadvertido para los habitantes de la isla, algunos de los cuales, que la amaban en secreto, se roían de celos y envidia hacia el venturoso extranjero.

El Sumo Sacerdote, sobre todo, cobró un odio mortal contra Arturo Dean y pensó en el medio de perderlo. Hablando con el único joven que había osado pedir la venia para amar a la tabá, decíale Timoto:

—Va sé, Momoto, que amas a Flor de Fuego; pero ahora, con la llegada de este extranjero, tendrás que contentarte con mirarla de lejos.

—A menos que los dioses se apiaden de mí y le castiguen por haberse atrevido a poner sus ojos impíos en una divina tabá.

—No seas coco, Momoto, no es el extranjero quien ha puesto los ojos en Flor, no; es ella la que constantemente los tiene puestos en él. Así es que renuncia de una vez para siempre

a la *tabá*, pues hoy por hoy, y mientras el pagano esté entre nosotros, no la poseerás.

—¡ Me vengaré de ella, la mataré! ...

—¡ Los dioses te libren de él! —conjuró el sacerdote dando unos brinquetes que parecían los primeros pasos de un fox-trot; y elevando los brazos a lo alto, pronunció una reitela de sílabas mal sonantes, que no tienen traducción en castellano y que pusieron a Momoto más pálido que un japonés después de padecer tercianas.

No contestó Momoto; bajó la cabeza y fué corrido murmurando entre dientes unas imprecaciones contra el sacerdote, difíciles de expresar en nuestra lengua; pero que significaban poco más o menos: «¡ Que los dioses vuelvan tullido a Timoto para que no nos marce más con sus bañoteos, pues está más tocada que el «¡ Ay que ver! »

Era natural que Timoto interpusiese toda su autoridad para que no sucediese ningún mal a Flor; porque él ya tenía su plan para quitar de en medio los obstáculos que se opusieran a la posesión de la *tabá*, ya que el cielo se la había mandado para que él la poseyera como esposo.

Un día, cuando el sol señalaba la hora meridiana, estaba Arturo Dean disfrutando en su choza de un sueño paradisiaco; soñaba en su hermosa perseguidora, en aquella mujer de formas ideales que le había salvado, poniendo su valimiento e influencia para librarle del suplicio cuando aquellos paganos estaban prontos a encender la sagrada pira y sacrificarle como un holocausto propicio a sus dioses.

A la lánguida calma de aquellos deliciosos paraísos; a las voces silenciosas de piadoso respeto: al embriagador aroma de narcos, lotos y

jazmines, juntábanse el marmallo adormecedor de las hojas de las palmeras, tejendo, en torno del sueño de Arturo, un mágico cuadro de esperanzas y de amor para su salvadora.

Y ella, *Flor de Fuego*, con un volcán encendido en el pecho, arrodillada a su lado, contemplábale con pasión, sin barruntar siquiera que estaba en la imaginación de aquel hombre.

—¿ Cuándo me amarás, cuándo? —preguntaba ella en voz muy queda.

En el rostro dormido de Arturo se pintaba una sonrisa de felicidad.

Ella puso sus manos sobre la cabeza del extranjero y se la acariciaba suavemente, al propio tiempo que sus labios pronunciaban las palabras más mimosas que le dictaba su amor.

Arturo movió los labios sonriente:

—¡ Flor!... ¡ Flor! ...

La joven se estremeció de placer: Arturo había pronunciado su nombre. Escuchó, reteniendo la respiración, mirándole a los labios de hito en hito.

—¡ Flor! —volvió a repetir el soñador con anhelante pasión, extendiendo los brazos en ademán de abrazar.

Flor de Fuego acercó el busto quedando enlazada entre los brazos de Arturo y dejándose caer sobre él, besóle apasionadamente los labios.

—¡ Oh! —exclamó el americano despertando al contacto del ardoroso ósculo —; No, no, quita, quita, mujer!

Y de un empujón hizo caer de espaldas. Rápidamente se incorporó él y echó a correr hacia las acantiladas rocas, donde se sentó contemplando el horizonte, por donde esperaba debía llegar el bote que lo salvase de aquella pesadilla en forma de Eya tentadora, y lo condujese al lado de su bien amada Jone a quien

había jurado un amor más grande que el de aquella inmensidad que contemplaba.

Y su espíritu volaba hasta San Francisco y veía a su Jone desolada por su tardanza, mejor dicho, por su desaparición.

—No, Jone, no—monologaba, teniendo presente en su espíritu la imagen de su novia—, no temas. Mi espíritu te pertenece. Juré amarte y te amo aún; pero... ¡ven! ¡ven, Jone mía!, antes de que la materia gane al espíritu y sucumba. . . Sí, Jone, mi perseguidora es muy hermosa, muy hermosa; tiene todos los encantos de la primera mujer y, como ella, los tiene en evidencia. Ven pronto, Jone, antes de que esta *Flores* me haga sentir su ardoroso fuego.

—¿Me llamabas?

Cantó una atipladísima voz al lado de su oído.

Volvióse rápido. *Flores de Fuego* estaba de pie a su lado.

—¿Otra vez?—preguntó enfadado Arturo, levantándose y poniendo los brazos en jarras y meneando la cabeza.

—Otra vez y... siempre a tu lado, Arturo. Los dioses que me inspiraron te salvara la vida, me dicen que debes ser mío.

—¡Los dioses!—exclamó el extranjero en son de burla, riéndose a troco tendido— ¡Valientes mamarrachos!

—¿No crees en los dioses?

—No, *Flores*; no creo.

—Ni yo; desde que te vi, sólo adoro un dios y ese eres tú.

—Vamos, chiquilla, no seas idólatra.

—¡Arturo!—pronunció *Flores* con mimo, al mismo tiempo que le pasaba la mano por el carrillo.

—¡Vamos, que... no me da la gana!—y huyó.

IV

—Papá, pronto va a hacer medio año que el «*Hesperaida*» nos trajo noticias ciertas de la pérdida del «*Conqueror*», y no has dado un paso para cerciorarte de si Arturo Dean vive.

—¿Qué debo hacer, Jone?... ¿Quieres que haga examinar el fondo del mar?

—No, papá; pero podríamos haber ido a visitar una a una las islas de la Polinesia. ¿quién sabe? Arturo era un gran nadador...

—Para las tempestades no hay nadador que valga...

—Pues mi corazón me dice que no ha muerto... Siento aquí dentro—y señalaba la parte izquierda del pecho—la voz de Arturo que me llama...

—Pues... contéstale, hija mía, quizás él también tenga ahí dentro otro aparato receptor.

—No es broma. Ahora que llega el buen tiempo podríamos visitar todas las islas de la Polinesia...

—Como quieras. Fletaremos el «*Hesperanza*». Hoy mismo daré les órdenes pertinentes para ello, y dentro de ocho días podremos salir. Prepárate, pues, para este viaje.

—Sí, sí, papá.

Y Jone daba saltos de alegría al pensar que iba a acudir a las llamadas que percucía en su corazón. ¡Qué tristeza y decepción si fuese una ilusión de su mente!

Jone se ponía triste al reflexionar que lo más lógico era que su Arturo durmiera el sueño de los justos en el fondo del mar.

Ocho días después salían de San Francisco, a

bordo del «Esperanza», Mr. Comodoro Marton, su hija Jone, el médico Mr. Wallace y el periodista Jack Donlan, que desde la desaparición de Arturo Dean, no ha cesado de hacer la rueda a Jone.

V

Arturo Dean, apenas amaneció, dirígese a la playa y pasa horas enteras escudriñando el horizonte, esperando el bajel que lo debe sacar de aquel peligro constante en que se halla de faltar a su amada Jone. Su corazón, a pesar de su cárgica voluntad para rechazar, no ya las instrucciones, sino las francas manifestaciones de cariño de aquella niña, empieza a flaquear. Desde hace algunos días piensa menos en Jone, y más, mucho más en aquella Flor que empieza a abrasarle el corazón. ¡Es tan hermosa!... ¡Y se presenta delante de él luciendo aquellas formas tan perfectas!

Ya no le rechaza con su primitiva determinación; permite que Flor esté en su compañía y hasta goza en su contemplación; y si bien aun le dice con los labios que él no la quiere, en su fondo interno oye una voz que confiesa: —¡Qué hermosa eres, Flor!

Hace días que Timoto, el gran sacerdote, ha concebido un plan criminal para poseer a Flor de Fuego.

Mientras Arturo estaba en la playa contemplado de cerca por su admiradora, el Sumo Sacerdote fué a la esbana del extranjero, robóle el puñal y escondióse tras un macizo de palmeras por donde debía pasar Monoto, el prometido oficial de Flor de Fuego.

No tardó, en efecto. Venía Monoto con un

gran cuévano de hoja de palmera, lleno de cocos. Al pasar al lado de las palmeras donde estaba escondido Timoto, éste salió y le asestó una puñalada en la nuca dejándole tieso. Timoto arrojó el puñal a los pies del apuntillado y corrió dando gritos y brinco por el poblado.

Los que le veían saltar de aquella manera, decían acongojados:

—Si baila Timoto, ya tenemos a los dioses de mal humor. Algo gordo pasa.

Salió de su cabaña el paizido jefe, con una carbaza que desesperaba al sacerdote, y salieron de las suyas los isleños, esperando que el emisario de los dioses les dijera algo sonado de la parte de sus representados.

—¿Qué pasa, qué pasa?... ¿Qué hay?—inquirían todos a proporción que asomaban las narices fuera de las barracas.

—Dinos, Timoto, de una vez, lo que pasa—ordenó el cachaxulo Tribal.

—¡Escuchad, escuchad!... ¡Es horrible, horrible!

Todos hicieron rueda en torno del ministro y le miraban con la boca abierta.

—¿Qué es horrible?—inquirió Tribal con curiosidad.

—¡Monoto ha sido apuñalado por el infiel extranjero!

Como un rayo cayó la noticia. Todos se miraban unos a otros lanzando interjecciones in traducibles, mientras el Sumo Sacerdote, poniendo en sus muñecas, en sus pies y en su cuello las pieles de orangután, símbolo de su autoridad, empezó un pataleo que ni un bailarín profesional. ¡Los dioses estaban que ardían, a juzgar por la agitación de Timoto!

—Pero, ¿dónde ha sido eso?—preguntó Tribal.

—En el arroyo de las palmeras, cerca del despachadero.

Toda la tribu, y a su frente el jefe y el sacerdote, fueron al sitio indicado.

Allí, en efecto, yacía el cuerpo del infeliz Momoto apuntillado como uno de nuestros vulgares novillos, y a su lado, en el suelo, estaba ensangrentado el puñal del extranjero. Timoto lo cogió, levantólo en alto y exclamó:

—Este puñal es la imagen de la envidia. Momoto debía casarse con *Fior de Fuego*; pero el extranjero la ama también y ha querido deshacerse de su contrincante.

Esa misma arma debe cortar el hilo de la existencia del matador.

—¡Aquí viene!... ¡Aquí viene!...—clamaron todos señalando el sendero que allí conducía.

Así era en verdad. En aquel mismo instante bajaba Arturo Dean del acantilado, seguido a pocos pasos por *Fior de Fuego*.

Cuando el americano hubo llegado donde estaba el grupo, el grueso Tribal le interrogó:

—Joven, ¿por qué has asesinado a Momoto?

Ya hemos dicho que en pocos meses Arturo había dominado el infantil lenguaje de los amahús y lo hablaba con bastante corrección. Extrañado de aquella pregunta, exclamó sencillamente:

—¿Yo?

—Sí, tú—acusó Timoto—, yo te vi... Pasaba Momoto con un cuévano de cocos y tú, escondido detrás de esas palmeras, saliste y ¡zás!, le asestaste una puñalada aquí—y Timoto señalaba su occipucio.

—¿Y tú, dónde estabas, sacerdote del demonio, que viste todo esto?

La pregunta se las traía; pero en vez de

contestar, el Sumo Sacerdote inició el temblor epiléptico, presagio del mal humor de los dioses y exclamó gritando:

—¿Habéis oído?... Me ha llamado sacerdote del demonio... Merece la muerte... ¡A la pira!

—¡A la pira!—ladró frenéticamente toda la tribu.

En aquel instante presentóse *Fior de Fuego*. Todos se apartaron respetuosos para dejar paso a la divina tabó.

—¿Qué ha pasado?—interrogó sencillamente Fior.

—Este extranjero ha dado muerte a Momoto y debe morir—dijo Tribal con autoridad.

—¿Quién ha presenciado el crimen?

—Yo... yo le vi caer...—dijo titubeando Timoto.

—¿Este hombre es inocente?—exclamó Fior.

—De todos modos, Fior—dijo humildemente Tribal—, como la acusación parte de tan alto, tiene que ser juzgado.

—Repito que este hombre es inocente y no morirá.

Al día siguiente reunióse el tribunal de los notables. No existía prueba alguna contra el extranjero; pero era acusado por la más alta autoridad de la tribu. Defendióse el mismo acusado y los notables sacaron la consecuencia de que era inocente. Pero fué condenado a volver a su casa por el mismo camino que había venido, lo ponían de patitas fuera de la isla.

Fior de Fuego rogó, lloró, pataleó, todo fué inútil: debía cumplirse la sentencia.

Al día siguiente, a la salida del sol, en presencia de toda la tribu, hicieron subir al condenado sobre una frágil piragua, pusieron dos remos en sus manos y empujaron hacia la mar

la embarcación pronuciando a grito pelado unas palabras que podían significar:

—¡Vaya usted con Dios, hermano; a la otra puerta!

Flor de Fuego, con los ojos como dos sartidores, se mesaba los cabellos y se retorció como una bailarina rusa, gritando:

—¡Adiós, Arturo, amor mío, que los dioses te den buen viento!

De súbito, Flor, echó a correr; tropó por las peñas como una simia y llegó a la cima del acantilado. Toda la tribu, al verla correr alecada hacia el punto más alto para despedirse del extranjero, decía:

—¡Cómo le ama!

Sin embargo, Arturo Dean había salido de la isla sin decir ni una palabra a Flor; pero ella al llegar a lo más alto del precipicio, cortado a pico del lado del mar, exclamó:

—¡Me amarás por fuerza!

Y se arrojó desde allí al mar. Al verla caer desde aquella altura se escaró de todos los pechos un —¡Oh!!

Flor desapareció bajo el agua. Durante unos instantes todos los que observaban desde la playa retuvieron el aliento. Por fin, respiraron: *Flor de Fuego* surgía del fondo de las aguas nadando desesperadamente en dirección a la piragua que se veía ya lejana.

Arturo había visto arrojarse a la joven desde la altura y pensó entristecido que se había arrojado con propósito de suicidarse.

—¡Pobrecita!—exclamó—. ¡cómo me quería!... ¡Que el agua le sea leve!

Y le tributó un par de lágrimas.

¡Cuán no sería su sorpresa al verla llegar a todo remo de sus brazos!... Dirigió la piragua hacia ella y la ayudó a subir a su lado.

—¡Pero te has vuelto loca, chiquilla!

—Sí, loca por tí. He jurado que no me apartaré nunca más de tu lado, ¡nunca!... Y si pereces tú, y yo contigo.

Arturo aparentó indiferencia y quiso orientar la imaginación de la joven hacia otras ideas; pero en el fondo de su alma la amaba; y no podía por menos de amarla — de bronce debía tener el corazón Arturo para no dejarse caer en los brazos de aquella joven que tantas y tan evidentes pruebas de cariño le había dado.

Navegaron a la ventura durante todo el día, reemplazándose en el remo. Al caer de la tarde, sintiéronse fatigadísimos, casi extenuados por el hambre.

Con gran alborozo llegaron antes de la noche, a un islote deshabitado; pero de una frondosidad exuberante. Tomó tierra primero *Flor de Fuego* y desapareció tierra adentro, mientras Arturo Dean atracaba la embarcación en la arena. El joven estaba muerto de cansancio y dejóse caer exhausto bajo un ahóstiigo frondoso. No podía comprender la desaparición repentina de Flor y empezaba a dudar de ella, cuando llegó, dando brincos y gritando:

—Arturo, Arturo, te traigo la cena.

En una brazada traía tres cocos fenomenales, dátiles y pistachos.

Cogió la joven uno de los cocos y golpeólo contra una piedra hasta que se resquebró. Cuando lo hubo abierto lo entregó a Arturo diciéndole:

—Toma, amor mío, bebe este líquido que te desalterará; y sacia tu hambre: aquí tienes dátiles.

Cuando hubieron saciado el apetito, se dispusieron a pasar la noche de la manera menos incómoda posible.

Con un cuidado caritoso, Flor dispuso, bajo el alhóstiago, un lecho con hojas de palmetta y otras yerbas, y dijo:

—Quiero que descanses sin cuidado. Yo velaré tu sueño, por si los moscos o algún reptil viniese a molestarte. Yo ya conozco esto y tengo costumbre de luchar contra estos animales. No temas nada, Arturo, duermes tranquilo; ¡mi amor te vela!

Y decía todo esto con una salvedad naturalidad y gran calor.

Arturo cerró; recogió en su alma las palabras llenas de unción de Flor y las saboreaba con religioso recogimiento.

La luna, riendo con trémulos reflejos sobre las aguas tranquilas, iluminaba suavemente a los jóvenes con luz mortecina.

—*Flor de Fuego*, con los ojos en llamas, volvió a repetir lo mismo y añadió:

—Yo te prolaré, Arturo, que no hay nadie en el mundo que te quiera como yo.

En aquel instante Flor, arrodillada al lado de Arturo, con las manos juntas, iluminada por la luz de la luna, estaba transfigurada. Arturo no pudo más; tomóle las manos y murmuró con amoroso acento:

—Yo también te amo, Flor. Te amo con todo mi corazón.

—¡Oh!!... ¡Qué felicidad!!

Fundieronse en un abrazo y... la luna, riendo con trémulos reflejos sobre las aguas tranquilas, fué testigo de la unión de dos corazones por el amor.

Al día siguiente, en una choza recién construída con bólagos y hojas de palmetta, y delante de una cruz rústica de madera, construída



Fundieronse en un abrazo.

en el centro de aquella, tenía efecto una conmovedora ceremonia.

Arturo Dean y *Fior de Fuego*, arrodillados ante el signo de nuestra redención, juráronse amor para siempre. Después de la ceremonia diéronse un sonoro beso: estaban casados.

La pequeña isla a la que dieron el nombre de *Fior* fué convirtiéndose poco a poco en un verdadero paraíso, gracias a la constante labor de sus dos únicos habitantes y al inmenso amor que se profesaban; amor tanto más completo cuanto que no era estorbado por ningún agente ni elemento extraño.

A los nueve meses instos de poner los pies en la isla, gozaron de la suprema dicha de la paternidad: un niño vino a alegrar su vida, llenándola de nuevos encantos.

VI

Llegó el «*Esperanza*» a la isla Amanú. Timoto y Tribal, llamados a bordo, enteraron al señor Marston y a su hija Jone de la estancia de Arturo Dean entre ellos, durante ocho meses; de todos los detalles de su vida; de sus relaciones con *Fior de Fuego*; del crimen que se le atribuía; de su expulsión de la isla.

—¿Preocupaba Arturo a *Fior de Fuego*?— preguntó Jone.

—A él no le llamaba la atención la hermosa *tabú*, porque decía que en su país había dejado a su amada— contestó Timoto.

—Entonces—observó Marston—, ¿cómo podía ser él el autor del crimen por el que fué expulsado?

Tribal contestó con un encogimiento de hombros, Timoto rascándose su rizada cabeza.



—¿Era muy hermosa *Flor de Fuego*? preguntó Jone.

—¡Mucho! ¡ Hermosísima!— contestaron al unísono los dos isleños.

Después de estas indagaciones infructuosas, partió el «*Esperanza*».



Y desde entonces nadie interrumpió la felicidad de Arturo y de *Flor de Fuego*.

Por la mañana de un día cálido, el señor Marston y su hija, desde la cubierta, examinaban con los prismáticos los promontorios de un islote en el que les pareció ver a un hombre que hacía señales al buque. Pusieron la proa hacia el islote y no tardaron en adquirir la certidumbre de que aquel hombre era Arturo Dean.

Írvalo, en efecto. Al ver el barco el naufragó bajó hasta la playa donde momentos después

atracaba una lancha del «*Esperanza*», de la que desembarcaron Marston y su hija, ebrios de alegría.

—¡Arturo, Arturo!—gritó Jone al pisar tierra, corriendo hacia él.

Abrazáronse emocionados los dos socios. Luego Dean relatóles con todos los detalles su naufragio, su estancia en Amanú, su expulsión, sin mentar para nada a su esposa.

—¿Y *Flor de Fuego*?—preguntó Jone riéndose.

Arturo bajó la cabeza y quedó triste, pensativo.

—¿Qué piensas, Arturo?—interrogó la joven.

—Pienso... que has venido demasiado tarde, Jone.

—¡Cómo! ¿Y tus promesas?

Jone le cogió la mano. En aquel instante llegaba *Flor de Fuego* a todo correr. Había visto desde la choza que una mujer miraba a su esposo con ojos de desco.

—Jone—dijo Arturo—, esta es mi esposa.

—Sí—añadió Flor en un inglés bárbaro, enarandose con Jone—, yo soy su mujer y no quiero que tú le mires así!

—¿Está es *Flor de Fuego*?

—Esta es la mujer con quien me he unido para siempre.

—¿Qué ministro es ha unido?

—El ministro ha sido nuestro mutuo consentimiento y... basta.

—¡Adiós, Arturo!... Sé feliz con esta joven tan elegante.

Antes de despedirse los viajeros, *Flor de Fuego*, aguijonada por la vibora maldita de los celos, fué a la cabaña; tomó a su hijo entre sus brazos, y dirigióse a lo alto de un peñasco que daba al mar; recostó al niño sobre la yer-

ba y arrojóse con intención de ahogarse, para dejar a su esposo en libertad de unirse con Jone.

Despidióse Arturo de su socio y de su exnovia y volvió a la cabeza. Al no ver al niño ni a su esposa buscó a ésta inútilmente. Halló al niño cerquita de un precipicio que daba al mar; y allí alajo, entre las olas, un cuerpo que se agitaba. Ya no dudó: era Flor. Arrojóse al agua, y después de terrible lucha contra la corriente, pudo salvar a su esposa.

—Yo vivía sólo para ti—le dijo Flor—y quería morir por tu amor, para dejarte libre de que te fueras con aquella mujer a quien más parecías que amabas.

—No, Flor mía, sólo amo a ti que has sabido con tu cariño hacerme el hombre más feliz de este mundo.

Confundiéronse en un abrazo y desde entonces nadie interrumpió la felicidad de Arturo y de Flor de Fuego.

FIN

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

CONCURSOS MENSUALES

DE

BIBLIOTECA FILMS

Concurso n.º 1

Siendo varios los remitentes de soluciones acertadas, y en cumplimiento de una de las bases del concurso, se convoca a los seis primeros concursantes, cuyos nombres se citan a continuación, para que sean testigos del sorteo que se llevará a efecto el día 13 del corriente, a las doce de la mañana, en nuestra redacción, Calle de Urgel, 40, 2.º, 2.ª, Barcelona.

- D. Faustino Marqués Masden. Sea de la Creu, 34, 4.ª, 2.ª—Barcelona.
- Jesús Ferrer Perich. San Luis, 75, bajos (Grecia)—Barcelona.
- Julio V. Pelachs. Mayor, 75. Baroça.
- Victoriano Bontecha Castells. Plaza Mayor, Parroquia Llers, Burgos.
- Antonio Moctafier Padilla. Campomar, 18—Castellón.
- José Bachs Dagobá. Sagiera, 118, bajos (San Martín de Provençals)—Barcelona.

En nuestro próximo número daremos los nombres de los que han acertado la solución y el del afortunado favorecido por la suerte.

Concurso n.º 2

En el número correspondiente al día 29 del corriente publicaremos las bases de nuestro segundo Concurso y del premio del mismo.

A petición de gran número de lectores de BIBLIOTECA FILMS—algunos de los cuales nos han felicitado por la forma literaria que hemos sabido dar a los argumentos, no igualada por ninguna publicación similar—, desde el próximo mes de agosto convertiremos nuestra modesta revista en semanal. Queda adelantado el

Título de la Supremacía

Próximo número: día 20 de Julio

¡¡Otro acontecimiento!!

LAS DOS NIÑAS DE PARÍS

EDICIÓN POPULAR

25 cént.

Postal: La última fotografía de la gentil pareja Mary y Douglas, con dedicatoria *auténtica* dedicada a los lectores de BIBLIOTECA FILMS.

NOVELAS SELECTAS PUBLICADAS

- N.º 1 **Rosita**, protagonista: *Mary Pickford* 1 pta.
- » 2 **No se fie de las apariencias**, por *Lil Dagover*.
Postal de *Mary Pickford* 30 cts.
- » 3 **Lorna Doone**, creación de *Magda Bellamy*.
Postal *Charles Chaplin* «Charlot» 25 cts.
- » 4 **La voz de la mujer**, por *Dorothy Phillips*.
Postal *Douglas Fairbanks* 50 cts.
- » 5 **Cuidado con la curva!** Protagonista: *Helene Chadwich*. Postal *Lil Dagover* 25 cts.
- » 6 **El León de Venecia**. Protagonistas: *Grete Reinwald* y *Olaf Fjord*. Pos. *Magda Bellamy* 25 cts.
- » 7 **La Rosa de Flandes**. Protagonista: *Raquel Meller* (2.ª ed.) Postal: *Raquel Meller* 50 cts.
- » 8 **Ensueño**. Protagonistas: *Brabant* y *Signaturel*.
Postal de *Andrés Rouvenne* 25 cts.
- » 9 **Sherlock Holmes**, por *John Barrimore* Postal *Dorothy Phillips* 25 cts.
- » 10 **Las esposas de los hombres pobres**, creación de *Barbara La Marr*. Postal de *Helene Chadwich* 25 cts.
- » 11 **El Signo del Zorro**, 2 ediciones, por *Douglas Fairbanks*. Postal: *Douglas Fairbanks* 25 cts.
- » 12 **¿Dónde estás, hijo mío?** por *Virginia True* y *Cullen Landis*. Postal: *Grete Reinwald* y *Olaf Fjord* 50 cts.
- » 13 **Luisa Müller**, por *Lil Dagover* y *Paul Hermann*.
Postal de *Ramón Navarro* 25 cts.

Exija usted siempre en todas las kioscos

BIBLIOTECA FILMS

“Título de la supremacía”

Rechuse las misilificaciones de nuestro nombre soberano.